

## El día que desvalijamos las valijas

Hace años formé parte de un tribunal de pruebas presenciales en una ciudad pequeña y tranquila. El primer día fui paseando al centro asociado, disfrutando del buen tiempo y de unas calles mucho más sosegadas que las de Madrid. Si estáis pensando en pajaritos cantando, estáis en lo cierto: los pajaritos cantaban.

Llegué al centro asociado pensando que iba a pasar una semana muy relajada. Todo transcurría con normalidad, y se fueron cumpliendo todos los pasos del protocolo del primer día de exámenes: llegar al centro, conocer al personal de allí y a mis compañeros del tribunal, visitar las aulas de examen, rasgar los sobres con las llaves de valijas que nos habían dado en Madrid, abrir las valijas metálicas... Un momento: no. Abrir las valijas metálicas, no, porque cuando mis compañeros y yo nos disponíamos a abrirlas, se resistieron (las valijas, no los compañeros). Al principio no nos preocupamos porque es bien sabido que, por algún extraño principio físico, las llaves de valijas jamás entran a la primera. Pero es que esta vez no entraron ni a la segunda, ni a la tercera, ni a la cuarta. Nos habían dado las llaves de las valijas de otro centro asociado, y todo lo que necesitábamos para iniciar la primera sesión de la semana de exámenes estaba dentro de esas valijas. Mirábamos aquellas llaves con estupefacción, porque no podíamos creer que en el engranaje casi perfecto de las pruebas presenciales algo se hubiera desajustado.

Y entonces ocurrió lo que yo llamo el milagro de la UNED. Todo el mundo se puso a pensar a la vez, y en menos de 20 minutos la situación estaba reconducida. Informamos a Pruebas Presenciales, que también estaban al habla con el tribunal que tenía nuestras llaves; sellamos papel de examen con un sello del centro, que es poco ortodoxo pero no había más; desde Barbastro nos abrieron la misteriosa valija virtual de emergencia; sentamos al alumnado como pudimos, con el método *vintage* de llamarlos a gritos por asignaturas; y el centro asociado llamó a un cerrajero que se presentó enseguida porque las ciudades pequeñas, además de pajaritos que se escuchan, tienen estas ventajas. Fueron 20 minutos delirantes de carreras por los pasillos y llamadas a doble auricular entre varios puntos de España, pero esa sesión se pudo celebrar casi con normalidad. El efecto balsámico de la pequeña y tranquila ciudad se había evaporado, pero a cambio aprendí que esta universidad está llena de personas imaginativas y

resolutivas. La Covid ha sido una prueba muy dura, pero llevamos 50 años entrenándonos casi a diario para encontrar soluciones a circunstancias muy adversas que se multiplican por la cantidad y la variedad de gente que constituimos la UNED.

Y no os negaré que tengo un recuerdo impagable del cerrajero reventando las sacrosantas valijas.

María García Lorenzo

